

Rosa y Azul

Contiene

¡¡¡Los ruidos del demonio!!!—Resultado del séptimo concurso.—Cartilla higiénica para las madres.—Animales de leyenda.—Página musical.—«Saib» y su dentista.—Entretenimientos científicos.—Heroísmo.—Los sentidos corporales. Entre la dicha y la muerte.—Grabados.—Pasatiempos.—Concurso de bellezas. ***

Todo para
15
CÉNTIMOS

Léanse la segunda y tercera planas de la cubierta.

Toda la correspondencia á D. Estanislao Maestro, Marqués de Santa Ana, 33, pral., Madrid.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 33.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta, Sobre monedero ó metálico.

A NUESTROS LECTORES

En vista de las reiteradas peticiones que se nos dirigen de Madrid y provincias para que demos tarjetas postales en sustitución del mapa, porque ven algunos niños dificultad para coleccionar los 52 cupones, y atentos siempre á satisfacer las demandas justas, desde este número canjearemos los cupones que se nos presenten con numeración correlativa; por cada 13 cupones entregaremos 50 tarjetas para **PASATIEMPOS, CONCURSOS**, etc.

MODO DE EFECTUAR EL CANJE

Los de Madrid pasarán por estas oficinas de seis á nueve de la noche, y una vez examinados los cupones se les entregarán las 50 tarjetas; los de provincias deben acompañar á los cupones las señas de su domicilio, escritas con claridad, y cincuenta céntimos en sellos para hacerles la remesa.

Aquellos que tengan interés en recibir el mapa, pueden suscribirse por un año, y además del mapa, que se les remitirá en seguida, se les entregarán 50 postales.

Al importe de la suscripción deben acompañar los cupones y setenta y cinco céntimos para certificado del mapa y envío de las tarjetas.

ADVERTENCIA.—Esta concesión extraordinaria para los suscriptores sólo la hacemos durante el mes de Agosto.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al
Instituto del Cardenal Cisneros.
Espíritu Santo, 28, MADRID

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA A LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Mestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, 33 MADRID

NUESTRO CONCURSO



CONCHITA BERGEMANN (de once años)

Habitante en la calle de Fuencarral, 51 duplicado

(Octava de las fotografías admitidas.)

!!!LOS RUIDOS DEL DEMONIO!!!

(Cuento de antaño.)

MI buen Diéguez: ¿se han repetido los extraños ruidos que por la parte de la puerta se oyen de noche?

—A fe mía, señor, que no sé á qué atribuirlos... Se han repetido, sí; y no dudo que en esto debe andar el diablo... El portalón lo atranco todas las noches; en la escalera no queda un alma, y, sin embargo, no cesan de oírse en la puerta del piso esos endiablados



ruidos... (*Oyese un tac tac continuado.*) ¡Por Cristo vivo! ¿Oye vuesa merced?...

—Ve á la escalera y observa lo que es.

—¡Señor!!...

—¡Ve te he dicho! ¡Voto á sanes!...

—¡No puedo! Las piernas se niegan á sostenerme... Me tiembla todo el cuerpo...

—¡Bah! Eres un cobarde... Tendré que ir yo, y á fe de D. Lope que como coja al chusco muerto ó vivo... ¡se ha de acordar de mí!

Sostenían esta conversación D. Lope, capitán retirado de los tercios del ejército español, y su escudero Diéguez, cobardón y menguado de suyo, allá por los tiempos de Carlos II el *Hechizado*.

Algo había en efecto; en la puerta del piso

de las habitaciones de D. Lope oíase en las noches de viento un extraño ruido, capaz de helar la sangre á cualquiera cuando comenzaba á sonar en el silencio de la noche, y no cabía duda: era obra del mismísimo demonio; porque el criado tenía buen cuidado de cerrar á piedra y lodo la puerta de la calle, y de registrar, á pesar de su miedo, toda la escalera antes de irse á dormir.

D. Lope quiso levantarse para averiguar de una vez la causa del misterioso golpeteo; pero aquella pierna, aquella maldita pierna, se negó á sostenerle; el reuma y la gota, adquiridos en sus innumerables campañas militares, le impidieron moverse de su sitio, y tuvo que dejar para otra ocasión el dar con la clave de aquel enigma.

Unos días más tarde, Diéguez, por encargo de su amo, fué á dar parte al Santo Oficio; era preciso que la Inquisición tomara cartas en el asunto.

Así fué: al anochecer de aquel día entraron en casa de D. Lope cuatro esbirros, armados de pies á cabeza y con más miedo que vergüenza. Cerraron bien el postigo, entraron en la habitación y esperaron... Los misteriosos golpes no tardaron en dejarse oír, y pronto comenzaron á romper el imponente silencio que reinaba en la casa... A los polizontes helóseles la sangre en las venas. Unos ni fuerzas tuvieron para moverse; otros se escondieron debajo de los muebles, y no faltó alguno que cayó desmayado.

A todo esto los golpes continuaban sonando, y D. Lope se deshacía en denuestos é imprecaciones contra aquellos infelices, que no pensaban más que en ponerse á salvo de lo que creían era el diablo.

Al fin uno más decidido, arriesgóse á exponer su pellejo, y se adelantó hacia la puerta; otro, animado por el arrojado del anterior, cobró ánimos y fué á unirse á su compañero. Los dos juntos, confiando uno en otro, se acercaron á la puerta, y, el primero, en un

rasgo de heróico valor (!), cogió el portón, y en el momento que más arreciaba el golpeteo le abrió con ímpetu, y... no había nadie, absolutamente nadie... Y los golpes seguían, seguían sin cesar... Entonces apoderóse tal pánico de los golillas, que, convencidos de que aquello era obra del mismísimo Satanás, echaron á correr escaleras abajo, y huyeron despavoridos por la calle, gritando y pidiendo socorro.

No cesando aquello de repetirse todas las noches, tomó el corregidor el partido de ir él en persona á presenciar el fenómeno y cerciorarse bien, para determinar lo que se había de hacer con aquella casa.

Al poco rato de llegar el corregidor comenzaron á repetirse los golpes, que le erizaron los escasos cabellos que le quedaban; pero haciendo de tripas corazón, tomó su partido y ordenó á los esbirros que atracasen la puerta y colocasen detrás de ella mesas, sillas y demás trastos, hasta que encajasen con la pared de enfrente, de modo que fuera imposible abrir la puerta por la parte de afuera; entonces desenvainó la espada, y después de colocar en guerrilla á los suyos, subió encima de la



mesa que había al lado de la puerta, miró por el montante... y no vió nada, absolutamente nada... Mas como los golpes seguían

sonando cada vez con mayor fuerza, acercó más la cabeza para ver mejor, y de pronto sintió... un fuerte golpetazo en las narices, dado por el cristal del montante, que, un poco suelto, producía al ser azotado por el viento el *infernal* traqueteo que todos creyeron obra del demonio.

FRANCISCO RAMÍREZ Y MONTESINOS.

(Ilustraciones del mismo.)

NUESTROS CONCURSOS

Resultado del séptimo.

Hemos recibido 1.816 soluciones exactas, que sometidas á un sorteo, presenciado por D. Ricardo Gómez y D.^a Matilde de la Hoz, ha dado el resultado siguiente:

Premio primero: **Un bonito reloj de bolsillo**, correspondiente á la tarjeta número 497, firmada por la niña de once años

AURORA MÉNDEZ

Habitante en Monforte.

Premio segundo: **Un juguete instructivo**, á la tarjeta 1.012, remitida por el niño de nueve años

ANGEL DE LA SERNA

Residente en Santander.

Cuando gusten pueden enviar persona legalmente autorizada para hacerse cargo de los premios.

El refrán quedó modificado en esta forma: **El gaitero de Bujalance, un maravedí porque empiece y diez porque SE MARCHE.**

ADVERTENCIA.—Dificultades materiales imposibles de vencer, nos impiden publicar en este número la información fotográfica del **Recreo de Salamanca.**

La daremos en el próximo.

CARTILLA HIGIÉNICA PARA LAS MADRES ⁽¹⁾

Es deber sagrado de toda buena madre amamantar á su hijo.

1.º Haz lo posible por criar á tu hijo. Mas si tu leche fuese escasa ó de mala calidad, recurre, en el primer caso, á la lactancia *mixta* (pecho y biberón), y en segundo, á una buena nodriza. Tan sólo cuando te sea *absolutamente imposible* una ú otra forma, entonces emplea la *lactancia artificial* (biberón), **pero bien reglamentada.**

2.º Sea cual fuere el procedimiento que adoptes, no darás al niño el pecho, ó el biberón, sino *cada dos horas* los tres primeros meses, y luego de *tres en tres horas*, durante el día, y una ó dos veces, *á lo sumo*, por la noche: así podréis los dos descansar mejor. Procura siempre que no quede harto, porque niño que toma más leche de la que á su edad corresponde está muy expuesto á enfermar.

Los criados con biberón no deben tomar *un litro* de leche al día *antes de cumplir los diez meses*, y después, jamás pases de 1.200 á 1.300 gramos, sea cual fuere la edad del niño, porque alterarías su salud.

Para calcular bien su ración diaria, el mejor guía es el peso. Al primero y segundo mes deberá tomar de 600 y 700 gramos, *terciada con agua*; pero desde el tercero ó cuarto, ó desde que pese 5 á 6 kilos, dale *100 gramos* de leche *pura* de vaca por *cada kilo* que pese.

Después que mame, no le acuestes **nunca boca arriba**, sino de lado, prefiriendo el derecho.

(1) Poniendo en práctica los preceptos higiénicos condensados en esta *Cartilla*, su autor conserva los ocho hijos que ha tenido (la mayor de doce años y el menor de uno), los cuales disfrutan de un perfecto desarrollo y de una excelente salud.

3.º Báñalo todos los días con agua templada. Lávale bien los ojos para evitar la oftalmía, y la *cabeza* para que no críe costra. La oftalmía del niño acusa **descuido**; la costra significa, las más de las veces, **suciedad de la madre.**

4.º El niño necesita, tanto como el comer, respirar aire puro. Sácalo de paseo todos los días, eligiendo las horas de sol en invierno; **jamás de noche**, ni *aun en verano*.

5.º Vacúnalo tan pronto cumpla tres meses. Hazlo antes si se presentase epidemia de viruela.

6.º Pévalo cada ocho ó quince días, pues nada te dirá como la balanza *pesa-niños* el verdadero estado de nutrición de tu hijo. En el primer *trimestre* ha de ganar *cada día* (como término medio) de 20 á 30 gramos; en el segundo, de 15 á 20; en el tercero, de 10 á 15, y en el cuarto, de 8 á 10.

Si aumenta menos, es que la calidad ó cantidad de leche que toma es deficiente, y deberás consultar al médico.

7.º La **diarrea** en el niño **es tan temible como la tuberculosis** en el adulto. En cuanto aparezca, ponlo á dieta **absoluta** y avisa *en seguida* al médico, porque al principio es fácil contenerla; después corres mucho peligro de quedarte sin hijo.

8.º Es *indispensable* que, hasta los tres años, lleve el vientre cubierto (también en verano), con una faja de franela fina, ligeramente atada.

9.º La dentición es un acontecimiento *natural* casi siempre, que en los niños *bien criados* rarísima vez produce trastorno grave en su salud.

Los que más padecen con la dentición son los niños á quienes antes de cumplir diez meses se les da *otro alimento* que no sea la leche.

10. Es un **verdadero crimen** dar de comer á un niño antes de que cumpla el primer año. Hasta entonces, dale leche y **sólo**

DE VUELTA DE LA VERBENA



—¿Quiere usted que le alumbré, Sr. Nicéforo?
 —Gracias, Niceto... ¡Te parece que vengo poco alumbrado!

leche. En casos excepcionales podrá tomar, desde los diez meses, sopas hechas con agua y sal, ó también con leche; **pero en manera alguna con caldo, aun cuando esté bien colado.** Al cumplir el año puede añadirse á la sopa, ó la leche, un huevo pasado por agua (sólo la *yema*). Al año y medio puede ya tomar las sopas con caldo, huevos (clara y yema) y también pescados blancos; **pero no les des carne hasta que cumplan tres años.** El vino, el café y las frutas le son perjudiciales en estos primeros años de su vida.

11. Procura que tu hijo, hasta la edad de cuatro años, duerma bastante: *doce á catorce horas, por lo menos*; su excitable sistema nervioso así lo requiere. Pero no lo acues-

tes nunca con otra persona, ni aun contigo misma, pues el niño debe dormir siempre solo en su cuna.

12. En resumen: cuida de que no coma **ni beba** nunca con *exceso*, ni tampoco entre sus comidas regulares; así le evitarás los trastornos gastrointestinales (*indigestiones ó diarreas*), que son la principal causa de la enorme mortalidad de la primera infancia.

Procura poner en práctica estas sencillas reglas de higiene, y tendrás muchas probabilidades de conservar á tu hijo. No lo hagas, y cuenta por casi seguro que pagarás con lágrimas tu desobediencia á este leal y desinteresado consejo.

El número de niños que mueren todos los años es verdaderamente aterrador.

Sólo en el año 1900 fallecieron en España ¡229.348! niños *menores de cinco años.*

En los ocho años comprendidos desde 1.º de Enero de 1888 á 31 de Diciembre de 1895, murieron en Madrid ¡62.005! niños *menores de tres años.*

Estas enormes y desconsoladoras cifras demuestran cuán necesario es poner en práctica los saludables preceptos de la higiene infantil, y justifican la publicación de esta *Cartilla.*

RAFAEL ULECIA Y CARDONA,

Director de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas.*

CARMEN GONZÁLEZ DEL RIVERO (14 años)



Autora del pasodoble que publicamos en la página 371.

ANIMALES DE LEYENDA

ENTRE las leyendas que registra la Historia, las hay muy curiosas relacionadas con los animales. Poco á poco os las iremos haciendo conocer, dando hoy principio á esta sección por la que le sirve de título. Así la refiere la leyenda:

«Existían en Rímini numerosos individuos que no daban crédito á las doctrinas de Cristo, y entre ellos un aldeano que pedía pruebas para creer.

—¿Y qué prueba pretendes?—le preguntó San Antonio.

—No dice usted que la hostia representa el cuerpo de Jesucristo?

—Así es.

—Puessi mula se arrodilla ante la hostia, entonces creeré que existe ese Dios de que ustedes hablan.

—Llévala á la iglesia—díjole el santo—, y quedarás convencido de tu error.

Ofreció el aldeano llevarla dentro de cinco días, y durante ellos tuvo á la mula sin probar alimento. Al quinto día cogió á la

bestia por el roncal y encaminóse con ella á la iglesia, seguido de numeroso grupo formado por creyentes é incrédulos. Unos y otros caminaban satisfechos; aquéllos seguros de que la mula se arrodillaría; éstos confiados en chasquear al santo.

Avisado San Antonio, revistióse de los ornamentos sagrados y dispuso que fuesen abiertas las puertas del templo; por ellas se precipitó la multitud. El aldeano avanzó con su mula hasta el lugar en que se hallaba el santo con la Sagrada Forma en la mano. Entonces, sacando de entre la ropa un haz de avena que á prevención llevaba,

púsóle ante los ojos de la hambrienta bestia; pero ésta no hizo caso alguno y dobló las patas delanteras, quedando arrodillada.

La emoción que esto produjo fué tan viva, que allí mismo abjuró el aldeano de sus errores, y la mayoría de los que pensaban como él imitaron su conducta.»



Cuadro de Campagnola.

EL NIÑO LABORIOSO

UN niño, por vez primera, unos dátiles comió, y, gustándole, plantó en su huerto una palmera. Viéndole un agricultor trabajar con tanto anhelo, acercóse al pequeñuelo, y le dijo con amor:

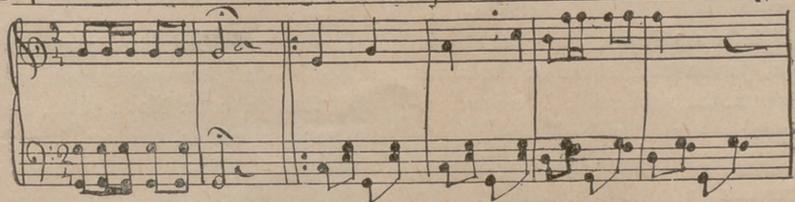
—¿Qué haces, niño alucinado? Mucho tiempo ha de pasar para que te llegue á dar fruto el árbol que has plantado.

—De esperar, ¿qué perderé?—repuso el niño al consejo.

—Ya el fruto recogeré que siendo joven planté el día que sea viejo.

J. F. SANMARTÍN.

Pasas de Abril. Paso doble por Carmen S. Del. Rivero.



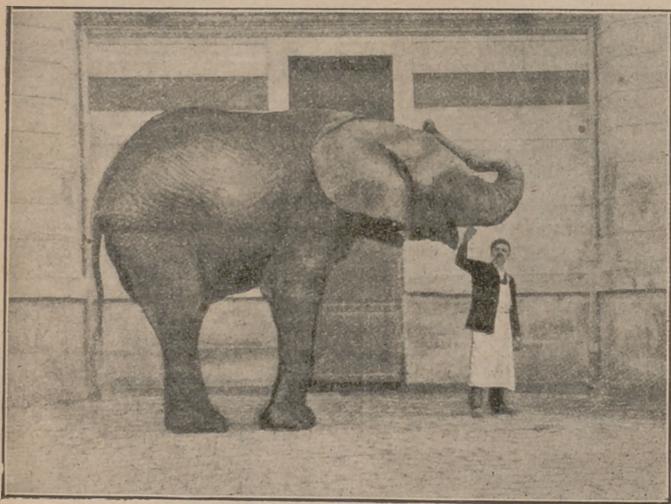
Los animales íntimos

"Saib" y su dentista

COMO el león manicuro, *Saib*, el colosal elefante del Jardín de Plantas de París, necesita dentista. La mala calidad de sus dientes hace preciso examinarlos de cuando en cuando y extirparle alguno. Esta es la causa de que carezca de colmillos, defensa y or-

odio á muerte. Y apenas le apercibe se lanza sobre los barrotes que le aprisionan, lanzando gritos de furor. No le gusta, además, que se penetre en su parque; hacerlo sin ir acompañado por el nuevo guardián, se considera como una tentativa de suicidio. Cuando está aburrido se distrae escupiendo en la cara á los mirones. Como véis, su educación no es perfecta.

Se hace, sin embargo, todo lo posible para procurarle una vida feliz. Cuando hace calor se le dan duchas, lo que le agrada, al extremo de coger á menudo el tubo de caucho con su trompa y rociarse él mismo. De su comida juzgaréis por el siguiente *menú*: tres ó cuatro gavillas de heno, cuarenta litros de salva-



nato de todos los de su especie; y lo que es peor, de que gaste un carácter verdaderamente insufrible.

Puede pasar aún que durante el día rocíe de agua con su trompa á los pilletes que se burlan de él; que reciba con displicencia los regalos que tienen á bien hacerle sus visitantes; pero lo que nos parece un alarde de susceptibilidad es que tomara *tirria* á su antiguo guardián, únicamente porque una mañana le vió subido sobre la espalda de otro elefante (necesidades del servicio). No obstante sus disculpas, *Saib*, herido por lo que juzgó un horrible desprecio, le ha tomado

do, ocho kilos de pan y una docena de manojos de zanahoria. Pese á nuestra admiración por este coloso, no podemos decir que sea un modelo de sobriedad.

Y aún no está contento nunca. Pero ya lo hemos dicho... Le duelen las muelas.

ADVERTENCIAS. — Agradeceremos á nuestros lectores de provincias que no encuentren ROSA Y AZUL en los puestos, se dirijan á esta Administración. — Conviene leer nuestros concursos de Cuentos, de Plenas artísticas y de Bellezas infantiles.

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

APARATO PARA DIBUJAR

MARÍA Isabel dibuja; dibuja admirablemente; es una verdadera artista. La primera vez que vi un trabajo suyo dudé que aquel dibujo tan correcto, de trazo valiente y exacto, lo hubiera hecho una niña de cinco años. En vano juraba y perjura María Isabel que era la autora; en vano afirmaban lo mismo sus hermanitas; mis dudas no se desvanecían, y escuchaba sus afirmaciones con una sonrisa de incredulidad.

Viendo mi desconfianza, comprendió la niña que necesitaba hablarme con infantil franqueza.

—Te voy á decir la verdad; pero no lo digas á nadie: ese dibujo lo he hecho yo; pero, en realidad, no sé dibujar.

Creció mi asombro, y pedí nuevas explicaciones.

—Tengo un aparato—agregó mi amiga—; vas á verlo—. Y se marchó, saltando de alegría, en busca del artefacto.

El aparato que me mostró María Isabel



había sido fabricado por ella, y no puede ser más sencillo: un taruguito de madera y un cristal bastan para construirlo; os lo explicaré, y todos podéis ser artistas. En un listoncito de unos cinco centímetros hacéis con una sierra una hendidura perpendicular; en ella introducís la punta de un cristal del tamaño de los dibujos que queráis reproducir; gracias á esta sencilla combinación el cristal se sostiene vertical sobre una mesa; colocad á la izquierda de él el dibujo que deseáis copiar y á

la derecha un papel blanco; mirando el papel á través del cristal, veréis reproducirse exactamente el dibujo, y no tenéis más que pasar un lápiz sobre las líneas que aparecen reflejadas y obtendréis una copia exacta.

Este es el secreto de mi amiguita; pero no lo divulgéis, porque María Isabel, que tiene revistas inglesas, piensa presentar un cuadro en la Exposición.

JAVIER CABEZAS.

(Ilustración fotográfica del mismo.)

FABULILLA

EL valor y la inocencia, seguidos de la lealtad, una tarde de Diciembre salieron á pasear.

El valor era muy niño, la inocencia mucho más, y la lealtad todos saben que nunca fué racional.

Charlando y entretenidos

dejaron pronto detrás los molinos y viviendas de su risueño lugar.

Y cuando volver quisieron viendo lo lejos que están, sorprendióles una horrible tempestad.

Como siempre la inocencia tuvo término fatal, entre la nieve quedóse guardada por la lealtad.

Remitida por A. CAÑIZARES

HEROÍSMO

ERA una noche fría y lluviosa del mes de Enero. Una niña, pobremente vestida, con los piecitos completamente descalzos y grabado en su hermoso semblante el hambre y el frío, aguardaba al lado del pórtico de un teatro la salida de los espectadores, esperando, sin duda, alcanzar de alguno de ellos, á fuerza de ruegos y súplicas, unos céntimos para comprar un pedazo de pan y saciar un tanto el hambre que la consumía.

Por fin terminó el espectáculo, y la pobre mendiga pedía á unos y á otros con voz quejumbrosa; pero la noche era fría y nadie atendida á sus ruegos.

Ya se iba á alejar de aquel sitio, cuando vió con alegría que dos señoras elegantemente vestidas se disponían á subir en un carruaje.

Corrió con toda la velocidad que sus enflaquecidas piernas le permitieron, y ¡oh! sorpresa: en el momento de poner la más joven de las damas el pie en el estribo, se le cayó, sin que de ello se diese cuenta, una hermosa pulsera de



brillantes. Visto por la niña, la cogió con presteza y se dirigió hacia el carruaje.

Sin duda las señoras, lo mismo que el lacayo, creyeron que la mendiga pensaba pedirles limosna; porque sin dejarla hablar, una de ellas sacó de su elegante portamonedas una moneda de diez céntimos, y entregándosela le dijo con sequedad:

—Toma, y no nos molestes.

—Señorita—balbuceó la niña—, no era mi intención pedirles limosna, sino...

No pudo terminar la frase. El lacayo la cogió de un brazo, y sacudiéndola con fuerza la dijo:

—Te cogí, ladronzuela. No te escaparás de aquí, buena pieza, sin entregar esa pulsera que has robado á mis señoras con el pretexto de pedirles limosna.

Y quitándole la joya de las manos se la

entregó á sus señoras, que miraban asombradas aquella escena.

La niña, repuesta de aquel ataque inesperado, y al oír que la llamaban ladrona, contestó con cierto aire de orgullo, mezclado de rabia:

—¿Ladrona yo? ¡Mentís! Yo no he robado esa pulsera á nadie. Vi que se le cayó á esa señorita y me apresuré á recogerla para entregársela.

Y la niña prorrumpió en amargo llanto.

La más joven de las señoras se compadeció algo al ver llorar á la niña, y dijo al lacayo:

—Mario, deja esa chiquilla, puesto que hemos recuperado la joya. Manda que nos lleven á casa.

El criado obedeció, aunque no de buena gana, y soltando á la niña subió al pescante del coche, que partió con rapidez de aquel sitio.

María, pues este era el nombre de la niña, vió cómo se alejaba el carruaje, y con voz quejumbrosa y llorando amargamente decía:

—¡Madre, madre mía! Llévame contigo; no me dejes más tiempo sola y desamparada en este mundo tan cruel, y en el que juzgan por las apariencias, y que á todos los seres pobres y abandonados los desprecian sin comprender que estos infelices también tienen corazón.

Y la pobre mendiga fué alejándose lentamente de aquel sitio, en el que su joven corazón comprendió una vez más las miserias humanas.

Por fin amaneció. ¡Qué triste noche pasó la pobre María acurrucada en el quicio de una puerta! Pero aunque veía la luz del día, no por eso era más risueño su porvenir. Para ella no había ni día ni noche.

Como los días anteriores, su ocupación era pedir limosna. Después de implorar á algunos transeuntes sin obtener ningún resultado, se dirigió, como tenía por costumbre, á una iglesia. Allí oraba con fervor, y una vez oída la misa, volvía á salir á fin de pedir á los fieles que salían del templo algún socorro para alimentarse.



Vagando por las calles sin rumbo fijo se le pasaban las horas...

Serían las tres de la tarde cuando al lado de la pobre María pasó una señora elegantemente vestida, acompañada de un ama de cría y de un niño de algunos meses.

La niña se apresuró á pedirla limosna con alguna insistencia.

—¡Señorita, tened compasión de mí; deme un centimito en nombre de vuestro hijo.

Miró la señora con desprecio á la niña, y tras ligera pausa contestó:

—Retírate, chiquilla, que con tu sucio vestido me vas á manchar.

La niña volvió á insistir, y la señora, mole-

stada, habló de este modo dirigiéndose al ama:

—Ama, cruce usted á la acera de enfrente, que esta chiquilla me molesta con sus hipócritas quejas. Estas chiquillas no tienen educación.

—Señora, no hay que extrañarse. Estas niñas infelices se crían abandonadas, y siguiendo el ejemplo de las demás, cuando llegan á mayores son unas desvergonzadas.

—Señorita, por la Virgen, no crea usted eso de mí! Yo he vivido hasta hace tres días con mi madre, que era una santa... Nos sosteníamos con lo que la pobre ganaba cosiendo. Pero cayó enferma y la falta de recursos hizo que se precipitase su muerte. Sola yo y abandonada, ¿qué he de hacer sino pedir limosna?

—Sí; la historia de todos los vagabundos. Eres joven y robusta, pues ponte á servir; no estés hecha una holgazana y sin albergue.

—Ya he procurado buscar casa para servir. Pero nadie me quiere porque soy demasiado joven. Y como voy mal vestida...

—Sí, sí; buenas piezas estáis todas. Bien sabéis disculparos; pero poco hacéis por trabajar. Pues mira, á mi no me gusta dar limosna á una gandulaza como tú.

Y para que no la molestase más la niña con sus súplicas, mandó al ama por segunda vez que cruzase á la acera opuesta de donde estaban.

El ama obedeció; pero con tal desgracia,

que no había llegado á la mitad de la calle cuando un carruaje que venía á toda carrera, sin poder evitarlo, atropelló á la infeliz ama.

Todos los transeuntes exhalaban un grito de terror, y la infeliz madre cayó en la acera desmayada.

Mas ¡oh Providencia! Vista esta desgracia por la niña, se precipitó sobre los caballos, y sufriendo las patadas de los briosos animales, logró, tras de algunos segundos, salvar á la criaturita de una muerte segura.

Un murmullo de admiración y voces de entusiasmo se oían salir de la boca de los aterrados espectadores.

Quando la infeliz mendiga llegó con el niño en sus brazos donde la afligida madre se hallaba, no pudo balbucear más que estas palabras:

—Señora, os entrego á vuestro hijo vivo. No siento más que no hayan salvado al ama...

No pudo continuar, pues cayó al suelo sin sentido y bañada en sangre.

Quando tras de algunas horas la niña abrió sus hermosos ojos, se encontró en una alcoba amueblada lujosamente, y al lado de su cama á la señora, que debía el tener hijo al corazón y sentimientos hermosos de María.

La niña miró con asombro en derredor suyo, y ya iba á preguntar á la dama cómo se había operado ese cambio, cuando ésta lo comprendió, y se adelantó á sus deseos.

—¿Te asombras, querida niña, al verte aquí? Pues nada más justo. Tú salvaste la vida de mi hijo exponiendo la tuya; pues yo quiero ahora salvarte á ti sacándote de los peligros y miserias que te rodeaban en el arroyo.

—Gracias, señora. Pero si yo salvé á vuestro hijo del peligro en que se hallaba lo hice porque esa es la obligación de todo buen cristiano, y porque desde que era pequeña me lo enseñó mi madre. Yo en aquel momento hice esa acción sin interés ninguno, y á cambio Dios me premia, puesto que en recompensa me va á llevar con mi madre.

—No digas eso, querida. Sí, estás algo herida; pero no es de gravedad. Además, eres joven, y es necesario que vivas.



—¡Para qué!... Los que deben vivir son los niños que tienen padres que los quieran. Pero los que hemos tenido la desgracia de perderles, debemos ir en su busca.

Desde aquel momento se agravó bastante el estado de la enfermita.

Cuando el doctor vino á visitarla dijo que todos los auxilios de la ciencia eran inútiles. ¡Para la infeliz mendiga no había salvación!

A las doce de aquella noche pareció se aliviaba algo, pues dirigiéndose á la dueña de la casa, la preguntó con voz clara:

—¿Cómo se llama usted, señora?

—Amalia. ¿Y tú?

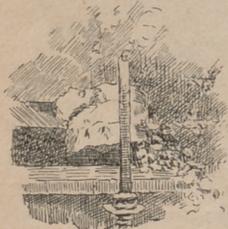
—Yo, María.

—Bonito nombre. Pero dime, ¿qué me ibas á decir?

—Que yo sé que voy á abandonar este mundo; pues cuando dormía he visto á mi madre en el cielo y me ha dicho que me espera, que en seguida voy á ir á su lado. Pero antes de morir quisiera... besar á vuestro hijo, por quien pierdo la vida con gusto.

Amalia misma llevó al niño á la camita donde descansaba la pobre María. Esta le miró con cariño; le atrajo hacia sí, y besándole en la sonrosada mejilla, le dijo como si el nene la pudiese entender:

—Adiós, querido niño. Dios quiera que jamás en tu pecho se albergue el orgullo. No



desprecies nunca á un inferior á ti, ni tampoco á los pobres golfillos que andan por el arroyo..., porque esos suelen tener el corazón y sentimientos más grandes y hermosos que algunas señoras y señoras que se tienen por caritativos, porque con voz despreciativa y además orgulloso... entregan una limosna al desgraciado... que la implora... Esos se ríen de la desgracia..., pisotean á los pobres... y creen que si sus criados, por defenderlos, pierden la vida y se dejan despedazar..., no hacen más que lo que deben... ¡Para eso son sus criados!... ¡Para eso les pagan!... Sí, nenito; hoy los ricos hacen á los pobres sus esclavos, y para darles su salario... tienen estos infelices que... sudarlo mucho...

Estas fueron las últimas palabras que pronunció María. Aquella misma noche murió

con la sonrisa y agonía que puede tener un ángel.

Pero no creáis, lectores míos, que la huerfanita se olvidó de su protectora. Antes de exhalar su postrer suspiro la bendijo mil veces, y besó la mano de la que hacía que tuviese un lecho cómodo para su muerte.

ENGRACIA IGLESIAS.



Entre la dicha y la muerte

ERA un hermoso día de verano. El sol se mostraba radiante de hermosura en el limpio azul del cielo; por entre una espesa arboleda se acercaba un chicuelo que, sacando un pedazo de pan negro y duro, le hincó el diente con gran apetito. Luego, dejándose caer de espaldas y recostando la cabeza sobre un tapizado resalte del terreno, se quedó mirando á las hojas de los árboles como si buscase nidos entre ellas.

Su cansancio era tan grande, la posición tan cómoda, que al poco tiempo se quedó profundamente dormido.

Salieron del interior del bosque dos caballeros conversando serenamente, la rienda caída sobre el cuello de sus reposadas cabalgaduras.

Sus ropas manifestaban riqueza. A las pocas palabras que cruzaron se mostró su diferente categoría.

El uno era el señor de la comarca; el otro un escudero.

—Sí, viejo compañero mío—dijo el señor—; esta pena me consume y abreviará mi vida. Dios no ha querido concederme un hijo que continuase con las armas las gloriosas tradiciones de mis abuelos y mis afortunadas empresas. Mis propios dominios serán herencia de lejanos deudos, odiados enemigos. Muchas veces he pensado adoptar un huérfano, reconocerle por hijo, educarle en las armas y legarle mis castillos.

En esto llegaron junto al manantial.

—He aquí la fuente, señor—dijo el escudero.

—Echemos pie á tierra y bebamos. ¿Hola? Mira, Fernando; he aquí un chicuelo más fe-

líz que yo; pues él duerme libre de penas. ¡Qué encanto tiene la juventud! Este muchacho, en su pobreza y en su abondono, parece como que tiene una aureola. ¿Y sabes que parece robusto? ¡Qué hermoso es! ¡Así, pero envuelto en grandezas, es el hijo que yo soñé!

Y el caballero, olvidado del agua y de la sed, quedó pensativo.

Después añadió:

—Hay algo de providencial en esta coincidencia. ¡Fernando, la casualidad ha decidido! ¡Este muchacho es el futuro señor de estos estados! ¡Mi adopción queda hecha; llégate á él y despiértale!

Pero en aquel momento se oyó á lo lejos el toque de algunos cuernos de caza.

—¡El toque de alarma, señor! ¡Montad presto; algo ocurre en el castillo!

Señor y escudero montaron precipitadamente, y desaparecieron al galope de sus caballos en el bosque.

A corta distancia del manantial hacía un pliegue el terreno y se alzaba un frondoso castaño; dos hombres llegaron apresurados y como con recelo...; sus vestidos eran de corte militar, pero andrajosos; estaban cubiertos de polvo y de sudor, como si hubiesen venido á la carrera; sus rostros eran barbudos, ásperos y terribles; uno de ellos traía descubierta la cabeza, y en las mangas de la camisa se le veían recientes manchas de sangre.

Se sentaron bajo el castaño, y sacando las grandes hojas de las espadas, también sangrientas, las limpiaron con un manojo de

yerba. Más tranquilos al fin, pudieron hablar, y el uno dijo:

—Ha costado trabajo; pero la cosa está

LOS SENTIDOS CORPORALES

Ilustrados por el niño Francisco de P. de la Torre



(Fotografías de E. de la Torre.)

hecha. La señora no ha recibido más que un susto; pero el paje no la llevará más el almohadón ni la cola. Aquí están las joyas... y sacó un lío con alhajas, que brillaron como un surco de luz al caer sobre el césped...

—¿Y nuestros compañeros?—preguntó el otro.

—Quién sabe; uno creo que fué muerto por el paje...; los otros...

Y levantándose asustado é inquieto, exclamó:

—¡Somos perdidos! ¡Mira!—y señalaba con la mano al muchacho dormido—. ¡Este chico debe habernos escuchado!

—Tranquilízate...; ¡duerme!

—Acaso su sueño es fingido; si da nuestras señas á las gentes del castillo seremos cogidos y colgados de las almenas.

Y tirando de un cuchillo corto que llevaba en la cintura, se llegó al muchacho y le puso la punta sobre el corazón.

El muchacho no hizo ningún movimiento.

—¡Basta de sangre por hoy!—dijo su camarada deteniéndole el brazo—. ¡No mates á ese muchacho! ¡Es una cobardía!...

Su compañero envainó el puñal refunfunando, y recogiendo á toda prisa las alhajas, se internaron precipitadamente en lo más sombrío del bosque.



—¡Despierta, muchacho! ¿Qué dirá tu padre cuando vea que todavía no estás en el pueblo? ¡Seis horas hace que pasaste por mi barraca, y has andado una legua nada más! Muchacho, ¡arriba!

—¿Es usted, tía Claudia? Estaba cansado y me he dormido.

—Para que te hubiera dado un golpe alгүй mal intencionado. ¿No ha pasado nadie por aquí?

—Nadie, tía Claudia.

—¡Mientes, mocosuelo, mientes!

—¡Nadie! ¡Lo juro por la Virgen María!

—No jures, muchacho; la tía Claudia sabe más que tú. ¿Oyes lo que dicen esos pájaros que cantan?

—Yo no soy brujo—exclamó el chico con terror.

—Pues dicen, cantando, que la riqueza y la muerte han pasado junto á ti mientras dormías...; ¡mocosuelo!

D. G. Y LEAL.



Luis Falcato (hijo) y J. de Castro (hijo).—Madrid.—Admitidos; ya irán saliendo.

Blas Pérez.—Idem.—Entran en turno. Muy bien la carta.

Antonio Martínez.—Haga otra carta mejor y más limpia.

Vicente Vila.—Zaragoza.—Tome vistas del Tiro Nacional y envíelas con un par de cuartillas describiendo la fiesta. El título tan deseado por usted no tardará en obtenerle. Haga también lo del templo, procurando que sea corto, y remítalo con alguna fotografía.

L. Sánchez.—Entran en turno los pasatiempos.

Salvador Serra.—Entran en turno, y procure no enviar cosas tan largas.

Abelardo Gómez Valero.—Madrid.—Entra en turno. El cuento no me gusta.

M. Albarrán.—Palencia.—La historieta no está en condiciones; siga dibujando.

R. Dargallo.—Todavía no ha llegado usted con los dibujos; pero no se desanime.

Eduardo Pinar.—Publicaré el cuento aunque guarde alguna semejanza con alguno ya publicado. Los pasatiempos sirven.

M. Fraile.—Madrid.—Una de las cosas principalmente necesarias para hacer versos es tener oído. Estudie, estudie mucho, que los dos trabajos están mal medidos.

Julián Gil.—¿Cuándo entenderán ustedes lo de las cartas? La suya no sirve.

LISTA DE SUSCRITORES

(Continuación.)

Herminia Pérez de Velasco.—Luis Oliva.—Luis Matoni.—Quintín Lajara.—Manuel Quintana.—Miguel de la Torre.—Lola R. de Guzmán.—Luis Bustos Zárate.—María Teresa Manzanares y Jiménez.—Manuela Pascual.—Mercedes Ratés.—Antonio Fernández.—Jacinto Luna.

(Se continuará.)

Imprenta de P. Apalategui, Pozas, 12, Madrid, tel.^o 1.723.



—Mañana vendréis á almorzar conmigo en Valdieri, ¿no es verdad?—El coronel no pudo responder. Hizo señal afirmativa con la cabeza y miró al rey con ojos asombrados.

—Señor—gritó un cazador acercándose—, pido una gracia á Vuestra Majestad.

—¿Cuál?

—Esta—contestó el soldado, y le dió una copa de vino.

El rey bebió.

—¡Viva el rey!—gritaron todos, y la gente que se había reunido en el prado y en la carretera, repitió:

—¡Viva el rey!

—Señor coronel, dispense...—dijo el cazador, cogiendo la copa vacía y guardándola en la faldriquera; todos rieron.

—¿Qué significan aquellas banderas allá abajo?—preguntó el rey señalando hacia los linderos de la posesión.

Un soldado se lo explicó.

vacidad.
do se adelantó, y dijo con desventuella vi-
Ninguno se atrevía á hablar. Un solda-
dos?—preguntó sonriendo.

—¿Cómo están aquí todos estos solda-
Todos callaron.

prendido.
El rey saludó, y miró alrededor sor-

tervor—¡Viva el rey!
como de concierto, repitieron con gran
por un instante, y después, todos juntos,
apostura. Todos quedaron asombrados
bajo el empujado, á caballo, con marcial
salida. El rey apareció en aquel momento
llas y bancos, y se precipitaron hacia la
mente de la mesa, arrojando al suelo si-
Los soldados se levantaron impetuosa-
una mujer que llegaba corriendo.

—Señor coronel, ahí está el rey—gritó
Todos contestaron—¡Viva el rey!

far—exclamó el coronel.
—¡Viva el rey! es lo que habéis de gri-

hecho vosotros. Yo apreciaba mucho mi capote de soldado, y lo he conservado con esmero, y lo tengo todavía, y cuando lo miro me palpita el corazón, y me parece que soy aún soldado; porque yo he sido soldado, ¿sabéis? Catorce años lo he sido, y ahora, al encontrarme en medio de vosotros, al hablar con vosotros, no sé... me siento... quisiera volverme como entonces... vuestro camarada... y... mirad si lo soy en efecto... mirad.

Todos se pusieron en pie, arrojando un grito y extendiendo los brazos.

El coronel, con un rápido movimiento, se había quitado el levitón y había quedado con su viejo capote de soldado, estrecho, raído, de paño gris muy claro, manchado en todas partes por la lluvia y el uso; llevaba al pecho cinco medallas. Aquella acción había sido ejecutada con una viveza tan pronta y espontánea y acompañada con una sonrisa tan ingenua

y modesta, que hubiera enternecido hasta aquellos que, no conociendo al buen coronel, hubiesen sospechado que había algo de ostentación y alarde en aquel entusiasmo juvenil.

Si no hubiesen estado á la mesa, los soldados, entusiasmados, se le hubieran echado encima.

—¡Á la salud de mis buenos soldados!—gritó el coronel levantando la copa.—¡Á vuestra salud!—repitieron los campesinos tocando los vasos de los soldados, y los soldados contestaron:—¡Á la vuestra!

Un cazador hizo señal de querer hablar. Todos callaron.

—Ahora...—dijo con voz insegura, teniendo una mano sobre el pecho, y tomando con la otra la copa—ahora beberemos á la salud del señor coronel, á quien debemos dar gracias por la bondad que ha tenido de convidarnos, y bien se ve que estima á los soldados, y tanto más, cuanto

que nosotros no tenemos siquiera el honor de conocerlo personalmente, y por ello se puede comprender el buen corazón que tiene, como si fuese nuestro padre, y nosotros sus hijos, y por esto bebemos á su salud.

—Un momento.. y decirle que jamás olvidaremos este feliz día, que es una de las mejores satisfacciones que produce el haber servido al rey, y recordaremos los buenos consejos que nos ha dado, que son muy prudentes y oportunos, y todos debemos tenerlos presente é imitar su ejemplo, que después de tantos años conserva aún el capote de soldado, que es una cosa que le honra á él, y nos enorgullece á nosotros. ¡Bebamos, pues, á su salud, y que viva el señor coronel, que tan bueno es para los soldados!

—¡Viva!—gritaron todos con entusiasmo.

—Esta es de Palestro—gritó otro señalando una cicatriz que tenía en la frente.

—Y esta de San Martino—gritó un tercero, mostrando una mano, á la que faltaban dos dedos.

—¡Valientes muchachos!—respondió el rey con voz conmovida:— la mano, todos.

Los soldados arrojaron un grito de alegría, se agruparon en torno del caballo, y estrecharon uno tras otro la mano del rey; el último fué César.

—¡Gallardo mozo!—dijo el rey; todas las campesinas miraron á Luisa. Luisa sonrió y se estremeció.

—¿Y vos, coronel?—preguntó el rey después que hubo estrechado la mano á todos los soldados.

El coronel, que había permanecido hasta entonces aparte, inmóvil como una estatua, se adelantó con la boca abierta y los ojos relucientes de lágrimas, y estrechó la mano al rey.

—Yo le dire lo que ha pasado, señor; todos nosotros somos soldados licenciados; este es el señor coronel retirado, que se ha puesto el capote para estar con nosotros; estos son los novios, y ahora se celebra celebrando la comida de boda, y nosotros hemos sido convidados por el señor coronel.

Dicho esto, tendió alrededor una mirada triunfal, como diciendo: «Ved si yo sé de qué manera se habla á los reyes.»

El rey sonrió, preguntó al coronel su nombre, miró la quinta, las banderas, los novios, los soldados, y después dijo: —¡Bravo! Me gusta ver á los soldados contentos... ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Habéis hecho todos la guerra?

—Todos—respondieron los soldados á la vez.

—Señor,—gritó uno de ellos, descendiendo un brazo hasta el codo y señalando una cicatriz,—esta es de la Cernaia.



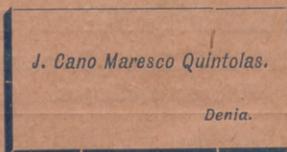
ACERTIJO por E. de S. y García.

Sal de aquí, perro, me dice,
sin que yo su perro sea.
No hay señorito en la corte
que en su mesa no me tenga.

JEROGLÍFICO por F. Morales.

NOTA Sentido

TARJETA por Juan Cano.

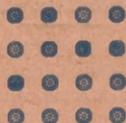


Combinad estas letras y hallaréis el nombre de un autor dramático y el título de una zarzuela.

L NUMÉRICA por Mario Lancho.

3	4	7	6	1	Del mar.			
3	4	5	2	1	Especie de caracol.			
1	2	5	Dueño de algo.					
2	1	4	Conjunto de aguas.					
4	7	8	Corriente de agua.					
5	6	8	Animal.					
2	7	6	Mío.					
4	5	6	En los soldados.					
1	2	3	4	5	6	7	1	Nombre de mujer.
1	2	3	4	5	6	7	8	Idem de varón.

CUADRADO por Silvio Pérez.



1.^a, en las bodegas; 2.^a, fruta; 3.^a, vestido;
4.^a, verbo.

ADIVINANZA por A. Lluch.

¿Cuál es el nombre de un establecimiento que
entran las cinco vocales sin ser repetida ninguna?

JEROGLÍFICO por J. Muñoz.

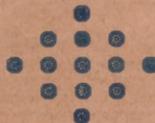
RUSIA - JAPÓN

Q - A - D - R

CHARADA por M. Tieso.

Consonante mi *primera*,
nota musical mi *dos*,
nombre de mujer el *todo*.
¡Adivínalo, lector!

ROMBO por A. Marquerie.



1.^a, consonante; 2.^a, número; 3.^a, provincia; 4.^a,
río; 5.^a, vocal.

JEROGLÍFICO por R. Almonacid.

K K K k Licor

SOLUCIONES

Al acertijo por J. Muñoz: TENERLA VIVA.

Al jerooglífico por M. Fraile: DEPENDIENTE.

A la charada por Flora Gilmán: MARIA.

A la tarjeta por F. C.: LUCRECIA ARANA.

Al rombo por Eugenio del Olmo:

S
C A N
S A L O N
N O N
N

Al jerooglífico por Nieves Campa: RECUERDO.

Al acertijo por M. Moncó: ROSA Y AZUL.

Al salto de caballo por L. Falcato y J. de Castro:

Yo mucho no me compongo;
mas en la vida me lavo
sin jabón en mi lavabo
de los Príncipes del Congo.

ADVERTENCIA.—Agradeceremos á los suscriptores por seis meses que deseen renovar la suscripción, nos avisen con tiempo, fijándose en las condiciones especiales que hemos establecido para el mes de Agosto. (Véase la segunda plana de la cubierta.)

FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1. ^o (1. ^a sección), económ. ^a	0,25 ptas.
" 1. ^o (2. ^a sección)	0,25
Pepe 1. ^o , lujo	0,50
Pepe 2. ^o	0,50
Pepe 3. ^o	0,75
Pepe 4. ^o	1,00

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID
 de tan brillantes resultados
 y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada	0,15
Lengua castellana	0,15
Aritmética	0,15
Geografía é Historia	0,15
Eudimentos de Derecho	0,15
Nociones de Geometría	0,15
Ídem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales	0,15
Ídem de Higiene y Fisiología Humana	0,15
Agricultura	0,15
Industria y Comercio	0,15

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á

25 céntimos.

En el sobre-monederero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 15, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 43.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL. Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de ROSA Y AZUL.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pidanse catálogos.

SASTRERIA EL INFANTE NIÑOS

26, PRECIADOS, 26

Trajes dril, desde....	2 ptas.
Lana y vicuña.....	5
Gergas y estambres..	10
Plqués superiores....	8
Alpacas elegantes... 15	

Cuellos novedad, chalinas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.



PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD** —con cocaína—

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premladas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thiochol-elnamo-vanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid